

15° Domingo del Tiempo Ordinario

Is 55,10–11; Rom 8,18–23; Mt 13,1–23

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, una mujer contó una historia sencilla pero llamativa. Se había inscrito en un pequeño curso de jardinería en la ciudad. Al final de la primera sesión, cada participante recibió un pequeño paquete de semillas—nada especial, simplemente semillas comunes de flores silvestres. El instructor dijo solamente una frase: “No juzguen estas semillas por lo que ven ahora. Plántenlas y confíen en lo que no pueden ver.” Ella se olvidó de ellas. El paquete quedó en un cajón durante semanas. Meses después, tras una tormenta que había dejado desnudo un rincón descuidado de su jardín, esparció las semillas olvidadas casi sin pensarlo. Durante mucho tiempo no pareció suceder nada. Luego, poco a poco, aparecieron brotes verdes. Finalmente, el lugar que antes estaba vacío se convirtió en la parte más colorida de su jardín. Lo que más le impresionó no fue la belleza, sino la paciencia escondida en el proceso. La vida había estado

obrando mucho antes de que algo fuera visible. Vivimos en un mundo que prefiere resultados inmediatos. Esperamos resultados rápidos en el trabajo, en las relaciones e incluso en la fe. Si no ocurre nada visible pronto, suponemos que no está ocurriendo nada en absoluto. Sin embargo, la mayoría del crecimiento real—humano y espiritual—no obedece a esta impaciencia. Precisamente ahí es donde nos hablan las Escrituras de hoy. Nos invitan a confiar en lo que está oculto, a reconocer lo que es lento, y a creer que Dios sigue obrando aun cuando nada parece suceder en la superficie. Y así nos volvemos a Él con nuestras necesidades y nuestros fracasos, y reconocemos cuántas veces dejamos de percibir su obra silenciosa en nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesucristo, tú siembras generosamente la semilla de la Palabra de Dios en nuestras vidas, y sin embargo muchas veces no la recibimos con un corazón abierto. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que tu Palabra puede transformar incluso lo que parece seco o estéril, y sin embargo perdemos la esperanza con demasiada facilidad. Cristo, ten piedad.

Señor Jesucristo, tú nos llamas a ser tierra fecunda, y sin embargo permitimos que las preocupaciones, las distracciones y la indiferencia ahoguen tu Palabra en nosotros. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, haga de nuestros corazones tierra fértil para su Palabra y nos lleve a la vida eterna. Amén.

O bien:

Dios todopoderoso, que siembra la semilla de su Palabra en el suelo escondido de nuestras vidas y que nunca se cansa de confiar en lo que ha plantado en nosotros, tenga misericordia de nosotros.

Que Él nos perdone por las veces en que hemos cerrado

el corazón como caminos endurecidos, por las veces en que hemos permitido que las preocupaciones y distracciones ahoguen el crecimiento de su gracia en nosotros, y por las veces en que hemos dudado de su obra silenciosa en nosotros.

Que nos libere de todo lo que impide crecer la vida y nos conduzca suavemente a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Como hemos escuchado, Dios no deja nunca de sembrar la semilla de su Palabra en nuestras vidas—aun cuando el crecimiento sea oculto o lento. Con corazones agradecidos por este amor generoso, glorifiquémoslo ahora juntos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios de paciencia y misericordia, tú siembras generosamente la semilla de tu Palabra en la tierra de los corazones humanos, y nunca te cansas de llamarnos a una vida nueva.

Abre nuestros oídos para escuchar tu voz,
ablanda lo que está endurecido en nosotros,
y líbranos de todo lo que ahoga tu gracia.
Para que tu Palabra dé fruto abundante en nosotros,
te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre contó una vez la historia de haber heredado un jardín descuidado detrás de su nueva casa. En otro tiempo había sido hermoso, pero ahora estaba cubierto de malas hierbas; la tierra estaba dura en algunos lugares, pedregosa en otros, y llena de espinas. Pensó en limpiarlo todo de una vez, pero la tarea parecía abrumadora. Así que comenzó con un pequeño espacio. Aflojó la tierra, quitó piedras, arrancó malas hierbas y plantó algunas semillas. Durante semanas no pareció suceder nada. Luego, una mañana, aparecieron pequeños brotes verdes. Ese pequeño rincón empezó a cambiar. Y poco a poco,

con el tiempo, todo el jardín siguió el mismo camino. Esa historia está muy cerca de lo que Jesús nos dice hoy. Las tres lecturas hablan de crecimiento—pero no de un crecimiento rápido, visible o medible. Isaías compara la Palabra de Dios con la lluvia y la nieve que caen silenciosamente sobre la tierra, la empapan sin ser vistas y la hacen fecunda. San Pablo nos dice que toda la creación “gime con dolores de parto”, esperando algo que aún no es plenamente visible. Y Jesús nos presenta la imagen de un sembrador que esparce la semilla—generosamente, incluso sin cálculo—sobre toda clase de terrenos. A primera vista, no parece muy eficiente. Mucha semilla parece perderse: una cae en el camino, otra en terreno pedregoso, otra entre espinas. Solo una parte da fruto. Pero Jesús no está enseñando técnicas agrícolas. Está revelando cómo actúa Dios. Dios no calcula antes de dar. Dios no espera condiciones perfectas. La semilla es esparcida por todas partes—en toda clase de vidas, de corazones y de situaciones. Porque Dios confía en la fuerza de la semilla.

Y esto cambia nuestra manera de entender la vida.

Estamos acostumbrados a medir: éxito y fracaso, progreso y resultados. Si no parece suceder nada, pensamos que no sucede nada. Pero la imagen de la semilla nos dice lo contrario. Algunos de los crecimientos más importantes de la vida están ocultos. Como un niño que observa semillas en el alféizar de una ventana, podemos no ver nada durante mucho tiempo. Pero bajo la superficie, algo ya está obrando.

Hay una historia sobre el bambú que ilustra esto. Después de plantarlo, durante varios años no hay crecimiento visible. Se riega, se cuida, y aun así no aparece nada. Luego, de repente, en poco tiempo, crece de manera sorprendente. Pero el verdadero crecimiento estaba ocurriendo bajo tierra todo el tiempo—las raíces extendiéndose, los cimientos formándose.

La fe es muchas veces así. La oración que parece seca. Los esfuerzos que parecen estériles. Las relaciones que no mejoran rápidamente. Todo puede parecer tierra árida. Y sin embargo el Evangelio dice: no juzgues demasiado

pronto. La semilla está viva.

Pero Jesús también es muy realista. No toda tierra recibe la semilla de la misma manera. Y si somos sinceros, reconocemos en nosotros mismos los cuatro tipos de terreno.

A veces somos como el camino—endurecidos por la rutina o la decepción. La Palabra nos toca, pero no entra profundamente.

A veces somos como terreno pedregoso—respondemos con entusiasmo, pero sin raíces. Cuando llega la dificultad, la fe se desvanece.

A veces somos como terreno lleno de espinas—comienzan cosas buenas, pero poco a poco quedan ahogadas por preocupaciones, distracciones y ambiciones. No son cosas malas—simplemente son demasiadas cosas.

Y a veces—quizás más de lo que pensamos—somos tierra buena. La Palabra echa raíces en silencio y comienza a transformarnos: en la paciencia, en el perdón, en pequeños actos de amor que nadie ve.

Por eso, la pregunta no es: “¿Soy tierra buena o tierra mala?” La pregunta más sincera es: “¿Qué está pasando ahora en la tierra de mi vida?”

Porque la tierra puede cambiar.

Un camino endurecido puede abrirse. El terreno pedregoso puede profundizarse. Las espinas pueden ser arrancadas. Como aquel hombre en el jardín, no necesitamos arreglarlo todo de una vez. Incluso un pequeño espacio ofrecido a Dios basta para que algo comience.

Hay otra historia sencilla. Un fabricante de jabón se quejó una vez a un sacerdote: “El cristianismo existe desde hace siglos, y mira el mundo—todavía hay mucho mal.” El sacerdote no respondió con palabras, sino que señaló a un niño sucio jugando en la calle y dijo: “El jabón también existe, pero solo funciona si se usa.” Y añadió: “Lo mismo sucede con la fe.”

La semilla debe ser acogida.

Y esto nos lleva más lejos. La parábola no trata solo de ser tierra. También somos, en cierto sentido, la semilla y el

sembrador.

Somos la semilla: cada una de nuestras vidas es algo que Dios ha plantado en este mundo para crecer y dar fruto. A menudo no vemos ese fruto nosotros mismos. Pero con el tiempo—a veces solo al mirar hacia atrás—descubrimos que algo ha crecido: en nuestro carácter, en nuestras relaciones, en una fidelidad silenciosa.

Y también somos el sembrador. Cada día esparcimos semillas—por lo que decimos, por cómo actuamos, por cómo tratamos a los demás. Los padres siembran en sus hijos. Los amigos siembran unos en otros. Incluso una sola palabra, un gesto, una frase de la Escritura, puede echar raíces en la vida de alguien de un modo que quizá nunca veremos.

Un ejemplo sencillo: una familia que lee cada noche un breve pasaje de la Escritura. Nada espectacular. Pero con el tiempo, un espíritu distinto va dando forma a ese hogar—más paciencia, más comprensión, más perdón. La semilla es pequeña, pero es real.

Y aquí es donde la esperanza se vuelve muy concreta.

Porque a menudo nos desanimamos. Miramos el mundo, o incluso nuestra propia vida, y vemos más espinas que fruto. San Pablo conocía bien ese sentimiento: la creación misma “gime”. La vida está inacabada. La fe puede parecer frágil.

Pero Pablo no termina en la desesperación. Dice que esto es como dolores de parto—algo está naciendo.

Y Jesús no termina su parábola con las semillas que fracasan. Termina con la cosecha: treinta, sesenta, cien por uno.

Esa es la lógica de Dios. No todo da fruto—pero lo que da fruto supera toda expectativa.

Así que la invitación de hoy es sencilla, pero no fácil: confiar en la semilla, preparar espacio en la tierra, y seguir sembrando.

Incluso cuando no vemos resultados.

Incluso cuando el crecimiento es lento.

Incluso cuando parece que mucho se pierde.

Porque el poder no está finalmente en nosotros—está en

la Palabra que Dios continúa dando, generosamente, con perseverancia, sin cálculo.

Permítanme terminar con una historia más.

Un maestro dio a cada alumno una semilla y les pidió que la plantaran en un vaso y la trajeran de vuelta después de una semana. Un niño regresó con la maceta vacía, avergonzado. “La regué todos los días,” dijo, “pero no creció nada.” El maestro sonrió y dijo: “Eres el único honesto. A todos les di semillas hervidas—no podían crecer.” Los demás habían reemplazado las suyas por otras semillas para parecer exitosos.

Luego el maestro añadió: “El crecimiento no se puede fingir. Pero donde hay vida verdadera, aunque esté escondida, llegará a su tiempo.”

Dios no nos pide producir éxito visible. Nos pide algo más real: apertura, paciencia y fidelidad.

Porque su Palabra—como la lluvia sobre la tierra, como la semilla en el suelo—no volverá vacía.

Y de maneras que quizá aún no vemos, ya está dando vida. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Hemos escuchado hoy que la Palabra de Dios es viva y eficaz, que no vuelve vacía, sino que produce fruto silenciosamente en quienes la acogen.

Profesemos ahora nuestra fe en este Dios que siembra, sostiene y lleva toda la creación a su plenitud:

CREDO ALTERNATIVO (para meditación personal)

Creo en Dios,
que siembra la semilla de la vida en cada corazón
y cuya Palabra, como la lluvia sobre la tierra,
nunca vuelve vacía.

Creo que Dios obra con paciencia y fidelidad,
incluso de manera escondida,
haciendo crecer donde vemos poco,
y dando vida donde no la esperamos.

Creo en Jesucristo, la Palabra hecha carne,
la semilla sembrada en nuestro mundo,
que entró en la tierra de nuestra vida humana,
murió y resucitó
para que demos fruto en Él.

Creo que dentro de nosotros está la tierra de nuestra vida—

a veces dura, a veces superficial, a veces llena de cosas—
y, sin embargo, siempre capaz de ser renovada por la gracia.

Creo que Dios ha puesto en nosotros
la fuerza para que crezca una vida nueva,
y que estamos llamados no solo a recibir la Palabra,
sino también a sembrarla con amor, paciencia y verdad.
Creo que el Espíritu de Dios actúa en nosotros,
ablandando lo endurecido, profundizando lo superficial,
limpiando lo que está lleno, y haciendo brotar una cosecha
más allá de toda expectativa.

Creo que no crecemos solos:

Dios nos da hermanos y hermanas
para caminar con nosotros, para sembrar con nosotros,
y para compartir la alegría de la cosecha.

Creo que incluso en un mundo que gime en la espera,
la vida de Dios ya está echando raíces,
y su Reino crece silenciosamente entre nosotros. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones de pan y vino, fruto de la tierra y del trabajo humano, ofrezcamos también nuestras vidas y oremos para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, Dios de toda la creación,
acepta estos dones que te presentamos,
y transfórmalos por el poder de tu Espíritu.
Así como el trigo se convierte en pan y la uva en vino,
reúne nuestras vidas dispersas en la unidad con Cristo.
Y a quienes recibimos estos dones,
concédenos dar fruto en fe, esperanza y caridad.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú eres el sembrador que no deja de sembrar,
esparciendo la semilla de tu Palabra con amor generoso
en los campos de la historia humana.

Aun cuando la tierra está endurecida por la indiferencia,
o es superficial por el miedo,
o está ahogada por la ansiedad,
tú no retiras tu mano.

En Cristo, tu Hijo, la Palabra viva,
has entrado tú mismo en el mundo como semilla de vida,
que cae en la tierra para resucitar en gloria
y dar una cosecha sin fin.

Por Él el mundo estéril se hace fecundo,
y toda la creación alcanza su plenitud.

Por eso, con los ángeles y los santos,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como Dios continúa sembrando su Palabra en nuestras vidas, oremos con confianza por la venida de su Reino,
diciendo la oración que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libera nuestros corazones de todo lo que endurece la
tierra de nuestra vida, distrae nuestra atención o ahoga la
semilla de tu Palabra en nosotros.

Abre lo que se ha cerrado en nosotros,
ablanda lo que se ha vuelto resistente,
y calma las ansiedades que impiden que tu Palabra eche
raíces y crezca en paciencia escondida.

Fortalecidos por tu misericordia,
permanezcamos firmes en la esperanza en medio de lo
que aún no vemos,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la Palabra que trae vida y
reconciliación; no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe que has sembrado en tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad según tu voluntad,
tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Señor, la Palabra viva,
la semilla de vida nueva dada por nosotros.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En silencio, reconocemos que la Palabra de Dios sigue
actuando en nosotros—muchas veces en silencio, muchas
veces sin ser vista.

Como semilla bajo la tierra, la gracia crece en lugares
escondidos: en una paciencia que no esperábamos, en un
perdón que creíamos imposible, en una esperanza que
pensábamos perdida.

Démosle tiempo. Dios nunca deja de sembrar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, nos has alimentado con el pan de
vida y con la Palabra viva de tu Hijo.

Haz que lo que hemos recibido
eche raíces profundas en nuestro corazón,
para que nuestra vida dé fruto que permanezca.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga
y haga de sus corazones tierra fértil para su Palabra.
Fortalezca lo que es débil,
profundice lo que es superficial,
y limpie todo lo que impide el crecimiento.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
para sembrar la Palabra de Dios en sus vidas y en el
mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Lo que permito que se siembre hoy en mi corazón
será la cosecha de mi vida mañana.”

**13 de julio de 2026 – Lunes, 15ª Semana del Tiempo
Ordinario**

Is 1,10-17; Mt 10,34–11,1

*Hilo conductor: «La luz de Cristo brilla en las decisiones
costosas y en los pequeños actos de amor.»*

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un hombre que visitó una vez una famosa catedral. Se quedó maravillado ante los vitrales—brillantes, radiantes, llenos de color. Pero cuando salió y miró esas mismas ventanas desde la calle, parecían opacas y sin vida. Un anciano cuidador cercano sonrió y le dijo: «Solo brillan cuando la luz está dentro».

Ese sencillo comentario encierra una verdad silenciosa. Cuando la luz de Cristo está dentro de nosotros, incluso las acciones más pequeñas pueden brillar con sentido y belleza. Sin esa luz interior, incluso las grandes obras pueden perder su resplandor.

Hoy, la Iglesia también recuerda a san Enrique, un gobernante que trató de llevar justicia y reforma a su

pueblo, enfrentando a menudo oposición e incomprensión. Su vida nos recuerda que defender lo que es justo, dejar que la luz brille en nuestro interior, no siempre es fácil. Puede crear tensiones, incluso divisiones, pero es el camino de la fidelidad.

Al reunirnos ahora, podemos reconocer que no siempre hemos permitido que esa luz interior guíe nuestras decisiones. A veces hemos elegido la comodidad en lugar de la verdad, la indiferencia en lugar de la bondad. Y así, nos preparamos para celebrar estos sagrados misterios pidiendo al Señor misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres la luz que nos llama a vivir en la verdad incluso cuando es difícil: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que incluso el más pequeño acto de amor es precioso a tus ojos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos unes a ti para que nuestras vidas brillen con tu luz en el mundo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y despierte en nosotros la luz de Cristo, para que elijamos lo que es recto con valentía y sirvamos a los demás con amor humilde, y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos llamas a vivir en la luz de tu Hijo y a manifestar su presencia tanto en los grandes como en los pequeños actos de amor, concédenos, te rogamos, que permanezcamos fieles en la verdad y en la caridad, y así demos testimonio de tu Reino en todo lo que hacemos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

Una joven maestra notó un día que un alumno llegaba a la escuela sin almuerzo. En silencio, sin llamar la atención, comenzó a dejar cada mañana un pequeño sándwich y una botella de agua en su pupitre antes de que los demás llegaran. Nunca habló de ello. Años más tarde, ese alumno—ya adulto—dijo que aquellos sencillos gestos lo sostuvieron, no solo físicamente sino también emocionalmente. «Me hizo sentir —dijo— que alguien me veía».

Ese es el «vaso de agua fresca» del que habla Jesús en el Evangelio de hoy. Algo pequeño, casi insignificante en apariencia, y sin embargo, a los ojos de Cristo, tiene un peso eterno. La luz de Dios se revela tanto en los grandes sacrificios como en los silenciosos actos de amor.

Sin embargo, el Evangelio comienza con una afirmación fuerte: «No he venido a traer paz, sino espada». Jesús no está promoviendo la violencia, sino nombrando una realidad: seguirlo puede traer división, incluso dentro de

las familias. Elegir la verdad por encima de la comodidad, la justicia por encima del silencio, la fe por encima del miedo, muchas veces tiene un costo.

Lo vemos en nuestro propio mundo. Quienes defienden lo que es justo no siempre son aplaudidos; a veces son rechazados o incomprendidos. San Enrique experimentó esta tensión en sus esfuerzos por la reforma y la justicia, y sin embargo permaneció fiel.

A partir de ahí, el Evangelio pasa de lo exigente a lo sencillo: acoger al otro, ofrecer hospitalidad, dar incluso un vaso de agua fresca. Jesús une intencionalmente las grandes exigencias del discipulado con los pequeños gestos cotidianos. La misma fe que exige valentía en los momentos de prueba se vive en los actos ordinarios de bondad.

El discipulado, entonces, no se trata solo de momentos decisivos, sino de una atención diaria: reconocer a Cristo en el otro, especialmente en el más vulnerable, y responder con cuidado. «El que los recibe a ustedes, a mí

me recibe», dice Jesús. En cada acto de acogida, Cristo está presente y es encontrado.

La primera lectura de Isaías profundiza esta llamada: Dios rechaza un culto que no esté unido a una vida justa— «Dejen de hacer el mal, aprendan a hacer el bien». El verdadero culto se manifiesta en vidas marcadas por la justicia y la compasión. Incluso el acto más pequeño, como un vaso de agua dado con amor, tiene más valor que un rito vacío.

Así, nos queda una verdad sencilla pero exigente: la grandeza en la fe se revela tanto en las cruces que cargamos como en las bondades que ofrecemos. La misma luz de Cristo brilla en ambas.

Permítanme terminar con una historia.

Un viajero llegó una vez a un pueblo al atardecer, cansado y sediento. Tocó muchas puertas, pero nadie respondió. Finalmente, un niño abrió una pequeña casa y le ofreció un vaso de agua. Años más tarde, ese viajero—ya convertido en un hombre influyente—regresó y llevó gran

ayuda al pueblo. Cuando le preguntaron por qué, respondió: «Porque una vez, cuando no tenía nada, alguien aquí me dio un vaso de agua».

Puede que nunca veamos el impacto completo de nuestros pequeños actos. Sin embargo, en Cristo, ninguno de ellos se pierde. En su luz, incluso el acto más pequeño de amor se vuelve algo eterno.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido a la luz de Cristo que habita en nosotros, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira con bondad, Señor, los dones que te presentamos, y concédenos que, iluminados por tu gracia, ofrezcamos nuestras vidas en la verdad y en la caridad, para que incluso nuestros actos más pequeños brillen con tu luz.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque tú eres la luz que nunca se apaga,
y en tu Hijo has entrado en el mundo
para iluminar todo corazón con la verdad y el amor.
Él nos llama a seguirlo no solo en los grandes sacrificios,
sino también en la fidelidad escondida de la vida cotidiana,
donde tu gracia se manifiesta en silenciosos actos de
bondad.
Aunque tu verdad pueda separar lo falso de lo bueno,
siempre nos conduce a una comunión más profunda
contigo y a un amor más fuerte que el miedo.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, como hijos
llamados a vivir en la luz del amor del Padre:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y líbranos del miedo
que apaga la luz de tu presencia en nosotros, para que,
guiados por tu Espíritu, elijamos lo que es recto y vivamos
en amor fiel, y, con la ayuda de tu misericordia,
seamos siempre libres de pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de
nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: «La paz les
dejo, mi paz les doy»; no tengas en cuenta nuestros
pecados, sino la fe de tu Iglesia, que busca caminar en tu
luz y servir en tu amor, y concédele la paz y la unidad
según tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que es la luz del mundo y que nos alimenta con su amor, para que brillamos con su presencia en todo lo que hacemos. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Hemos recibido a Aquel que es nuestra luz. Ahora esa luz ha sido puesta dentro de nosotros, silenciosa y fielmente. Incluso el acto más pequeño de amor, hecho en Él, se vuelve radiante con un significado eterno.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, te rogamos, Señor, que, alimentados con este santo Sacramento, llevemos siempre tu luz dentro de nosotros, y la expresemos tanto en decisiones valientes como en sencillos actos de amor, para que nuestra vida te glorifique. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

El Señor los bendiga y los guarde en su luz, para que su vida brille con verdad y amor en todo lo que hagan.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, dejando que la luz de Cristo brille en sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La luz de Cristo se ve con mayor claridad no en lo grandioso, sino en el amor—especialmente en los actos pequeños y fieles que nadie más nota.

14 de julio de 2026 – Martes, 15ª Semana del Tiempo Ordinario

Is 7,1-9; Mt 11,20-24

Hilo conductor: «Gracia ofrecida, gracia recibida».

INTRODUCCIÓN

Una maestra pasó semanas preparando a sus alumnos para un examen importante. Les dio apuntes, clases adicionales e incluso ánimo personal. Cuando salieron los resultados, varios estudiantes que habían tenido todas las oportunidades de triunfar simplemente no se habían molestado en prepararse. La maestra no estaba tanto enojada como profundamente decepcionada. «Les di todo lo que necesitaban», dijo en voz baja, «pero ustedes no lo aprovecharon». Su tristeza nacía del cuidado, no del orgullo herido.

Hoy, la Iglesia nos invita a recordar a san Camilo de Lellis, un hombre que conoció lo que significa tanto desperdiciar la gracia como luego acogerla profundamente. De joven, luchó con la adicción y la falta de rumbo, pero cuando finalmente abrió su corazón a la gracia de Dios, su vida

cambió por completo. Se convirtió en servidor de los enfermos, viendo a Cristo en ellos y respondiendo generosamente a lo que Dios le ofrecía.

Tanto la experiencia de la maestra como la vida de san Camilo nos orientan hacia una verdad sencilla pero exigente: la gracia es dada, pero debe ser recibida. Dios nunca impone sus dones; Él ofrece, invita y espera. Y así, al presentarnos hoy ante el Señor, podemos preguntarnos con sinceridad: ¿cuántas veces hemos dejado de acoger lo que Dios nos ofrece—su palabra, su guía, su amor? Con corazón humilde, reconozcamos nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos hablas de innumerables maneras, y sin embargo somos lentos para escuchar:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú ofreces sanación y conversión, y sin embargo a menudo permanecemos sin cambiar:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas cada día a una vida nueva, y sin embargo con frecuencia nos apartamos:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
que continuamente nos ofrece su gracia
y nos llama de nuevo cuando no sabemos recibirla,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo siembras continuamente las semillas de la gracia en el terreno de los corazones humanos,
concédenos no permanecer indiferentes a tus dones,
sino recibirlos con humildad
y permitir que den fruto duradero en nosotros.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

Un hombre construyó un pequeño sistema de riego para su campo durante una temporada de sequía. Con gran esfuerzo, llevó agua a cada parcela, asegurándose de que todas recibieran lo necesario para vivir. La mayoría de las plantas reverdecieron y crecieron, pero algunas, aun teniendo el agua a su alcance, permanecieron secas porque el suelo endurecido no dejaba penetrar la humedad. El hombre no se enojó; más bien sintió una tristeza serena: el agua había sido ofrecida, pero no había sido acogida.

En el Evangelio de hoy, Jesús se dirige a Corazín, Betsaida y Cafarnaúm con una tristeza semejante. No eran lugares lejanos ni hostiles, sino ciudades donde Él había predicado, sanado y manifestado la presencia de Dios. Habían visto mucho, y sin embargo respondieron poco. Sus palabras no son de rechazo, sino el dolor de un amor que no es acogido.

«Gracia ofrecida, gracia recibida». Ese es el hilo que recorre las lecturas de hoy.

Nos gusta pensar que tenemos el control—de los resultados, incluso de las respuestas. Pero una de las verdades más difíciles es que podemos ofrecer, pero no podemos forzar la acogida. Ni siquiera Jesús obliga a creer. El amor, por su propia naturaleza, debe ser recibido libremente.

Esto puede doler. Los padres lo experimentan cuando los hijos se apartan de lo que se les ha enseñado. Quienes sirven a los demás lo conocen cuando los esfuerzos parecen no dar fruto. El mismo Jesús conoce esta experiencia de aparente indiferencia.

Sin embargo, Él no se detiene. Su lamento no es el final. Continúa predicando, sanando y llamando. La gracia que no es recibida en un momento es ofrecida de nuevo en otro. La paciencia de Dios no se agota.

El desafío, entonces, es claro: ¿estoy realmente recibiendo la gracia que se me ofrece? Nosotros también podemos ser como aquellas ciudades—rodeados de la palabra de Dios, de los sacramentos y de invitaciones diarias a la conversión, y sin embargo distraídos o

indiferentes.

El consuelo es igualmente claro: Dios no se retira. Incluso cuando la gracia es rechazada, no es retirada. Como san Camilo de Lelis, podemos tardar en abrirnos, pero Dios sigue ofreciendo.

Así, hoy es una invitación, no al desánimo, sino a la atención y a la apertura.

Volvamos a la imagen del campo. Imaginemos una de esas parcelas endurecidas que finalmente se ablanda y comienza a absorber el agua. La tristeza del sembrador se convierte en alegría—no por su esfuerzo, sino porque la vida finalmente ha sido acogida.

Ese es el deseo de Dios para cada uno de nosotros: «Gracia ofrecida, gracia recibida». Que no dejemos caer sus dones en vano, sino que los acojamos y demos fruto a partir de ellos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas,
para que lo que Él nos concede con bondad
sepamos también recibirlo con corazón fiel,
oremos ahora para que nuestro sacrificio sea agradable a
Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, al presentarte estos dones,
presentemos también corazones abiertos y disponibles,
para que la gracia que continuamente nos ofreces
no sea recibida en vano, sino transformada en una vida
fiel. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque, aunque muchas veces no sabemos acoger tu
gracia, tú nunca dejas de ofrecerla;
aunque somos lentos para responder,

tú permaneces paciente y fiel;
y aunque tu palabra a veces es ignorada,
tú continúas pronunciándola con amor.

En Cristo, tu Hijo, nos has mostrado la plenitud de tu don,
una gracia que no busca imponerse, sino invitar,
no abrumar, sino despertar el corazón.

Por eso, con todos los ángeles y los santos,
te alabamos, proclamando sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en la
gracia que Él continuamente nos ofrece:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos la
gracia de reconocer y acoger los dones que
continuamente pones ante nosotros, para que, libres de la
indiferencia y de la vacilación, vivamos en una apertura fiel
a tu palabra, mientras esperamos la gloriosa venida de
nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos ofreces tu paz como un don de gracia gratuitamente dado, no como la da el mundo, sino como solo tú puedes darla; no tengas en cuenta nuestra falta de acogida plena de tus dones, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, el que continuamente se nos ofrece como gracia y vida. Dichosos los invitados a recibirlo con un corazón abierto y confiado.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor no ha dejado de ofrecernos su gracia en esta Eucaristía.

Ahora solo nos pide que recibamos lo que nos ha dado. Lo que se ofrece gratuitamente se convierte en vida para nosotros solo cuando es acogido con fe.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que, habiendo recibido el don de tu Hijo, no dejemos que tu gracia quede sin fruto en nosotros, sino que vivamos cada día más plenamente el don recibido.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que continuamente les ofrece su gracia, ilumine sus corazones para acogerla con humildad; los fortalezca para responder con fe; y lleve a término en ustedes la obra buena que ha comenzado.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, no indiferentes a la gracia que han recibido, sino atentos al Señor que continúa ofreciéndose a ustedes.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La gracia nunca está ausente; siempre es ofrecida.

La verdadera pregunta no es si Dios da, sino si yo recibo.

**15 de julio de 2026 – Miércoles de la 15ª Semana del
Tiempo Ordinario - San Buenaventura:**

Is 10,5-7. 13-16; Mt 11, 25-27

*Hilo conductor: “Sólo el corazón humilde puede recibir lo
que Dios desea dar.”*

INTRODUCCIÓN

Un profesor universitario visitó una vez una aldea rural y entabló conversación con un anciano campesino. El profesor habló largamente sobre ciencia, filosofía y los grandes pensadores de la historia. Cuando hizo una pausa, le preguntó al campesino: “¿Ha estudiado usted alguna de estas cosas?” El campesino sonrió y dijo: “No, señor. No he estudiado mucho, pero he aprendido a confiar en la lluvia, a cuidar la tierra y a dar gracias a Dios cada día.” Más tarde, el profesor confesó a un amigo: “Sabía muchas cosas, pero ese hombre parecía entender la vida mejor que yo.”

Hoy, al celebrar a San Buenaventura, brillante teólogo y Doctor de la Iglesia, se nos recuerda que la verdadera

sabiduría no se opone al aprendizaje, pero nunca se reduce a él. El mismo Buenaventura, aunque inmensamente instruido, permaneció profundamente humilde, buscando siempre a Dios no sólo con su mente, sino con la sencillez de un corazón que ama.

Ambas lecturas de hoy contrastan dos actitudes: el orgullo que se cierra a Dios y la humildad que se abre a Él. El profeta Isaías critica la arrogancia del gobernante asirio, mientras que Jesús se alegra de que las verdades divinas sean reveladas a los “pequeños”.

Al reunirnos para celebrar estos sagrados misterios, se nos invita a preguntarnos: ¿dónde estamos nosotros? ¿Somos autosuficientes hasta el punto de olvidar a Dios, o estamos abiertos y receptivos como niños?

Reconozcamos nuestros pecados, especialmente las veces en que hemos confiado más en nosotros mismos que en Dios, y así preparémonos para celebrar dignamente estos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a hacernos pequeños ante el Padre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelas al Padre a los humildes y de corazón abierto: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas a confiar más que a apoyarnos en nuestra propia sabiduría: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso,
que revela su sabiduría a los humildes
y derrama su gracia sobre los que confían en Él,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo te revelas a los humildes
y ocultas tus misterios a los soberbios,
concédenos un corazón sencillo y abierto,
para que podamos recibir la sabiduría que tú das
gratuitamente

y vivir en fiel dependencia de tu gracia.
No permitas que nos cerremos en nosotros mismos,
sino haznos siempre dispuestos a ser enseñados por tu
verdad.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven aprendiz trabajaba una vez con un maestro artesano. Deseoso de demostrar su valía, interrumpía con frecuencia, insistiendo en que ya sabía cómo hacer cada tarea. Un día, el maestro le entregó una delicada pieza de madera y le dijo: “Termina esto.” El aprendiz se apresuró, confiado en su habilidad, y la arruinó. En silencio, el maestro tomó otra pieza y dijo: “Mira.” Esta vez, el aprendiz no dijo nada. Observó, escuchó y aprendió. Más tarde diría: “Sólo comencé a crecer cuando dejé de intentar demostrar que ya sabía.”

Esta sencilla historia recoge el corazón del mensaje de hoy: sólo el corazón humilde puede recibir lo que Dios desea dar.

En la primera lectura, el rey de Asiria está lleno de sí mismo. Se jacta de su fuerza, de su inteligencia, de sus logros. Olvida que es sólo un instrumento en las manos de Dios, “como el hacha en la mano del que la maneja.” Su orgullo lo ciega. No puede ver más allá de sí mismo y, por eso, no puede reconocer a Dios obrando.

En el Evangelio, Jesús señala una ceguera similar entre “los sabios y entendidos”. No eran personas ignorantes; eran expertos, estudiosos, profundamente religiosos. Sin embargo, su seguridad se convirtió en una barrera. Como pensaban que ya comprendían a Dios, no pudieron reconocerlo cuando estaba delante de ellos.

En contraste, Jesús se alegra en los “pequeños”: no niños por edad, sino aquellos que son humildes, abiertos, conscientes de su necesidad. No vienen con respuestas;

vienen con hambre. No pretenden dominar; buscan relación. Y así, reciben lo que otros dejan pasar.

Aquí está la paradoja del Evangelio: sólo el corazón humilde puede recibir lo que Dios desea dar.

Esto no significa que el aprendizaje o la inteligencia sean malos. El mismo San Buenaventura fue una de las mentes más grandes de la Iglesia. Pero lo que lo hizo verdaderamente grande no fue sólo su intelecto, sino su humildad. Él decía que el conocimiento sin amor está vacío. Para él, la teología no era sólo comprender a Dios, sino encontrarlo. Permaneció, en lo más profundo, como un “pequeño” ante Dios.

El Evangelio de hoy nos invita a adoptar esa misma actitud. Jesús habla de su íntima relación con el Padre: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.” Este no es un conocimiento que podamos alcanzar por nosotros mismos; es un don que debemos recibir. Y para recibirlo, debemos hacernos pequeños.

En nuestra vida, esto puede resultar difícil. Vivimos en un mundo que valora la autosuficiencia, la seguridad y el control. Se nos anima a tener respuestas, a afirmarnos, a confiar en nuestras propias fuerzas. Pero la vida espiritual sigue otro camino. Nos llama a confiar, a abandonarnos, a reconocer que no lo tenemos todo resuelto.

A veces, es precisamente en los momentos de debilidad, confusión o fracaso cuando nos volvemos más abiertos a Dios. Cuando nuestras certezas se tambalean, comenzamos a escuchar. Cuando nuestro orgullo es humillado, empezamos a ver. Cuando reconocemos nuestra necesidad, hacemos espacio para la gracia.

Sólo el corazón humilde puede recibir lo que Dios desea dar.

Volvamos al punto de partida con una imagen distinta. Una anciana iba cada día a la iglesia con una pequeña vela. No sabía leer ni escribir, y a menudo veía a otros rezar con libros y largas oraciones. Un día alguien le preguntó: “¿Qué dices a Dios cuando vienes?” Ella

respondió: “No sé muchas palabras. Sólo le digo: ‘Señor, aquí estoy, y sé que Tú estás conmigo.’ Y me quedo en silencio.” Aquella sencillez, sin grandes discursos, era un corazón abierto donde Dios podía habitar.

Así sucede también con nosotros y con Dios. Cuando dejamos de insistir en que podemos hacerlo todo solos, cuando nos atrevemos a pedir, a confiar, a depender, entonces Dios puede darnos lo que siempre ha querido darnos: Él mismo.

Porque sólo el corazón humilde puede recibir lo que Dios desea dar.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios fortalece a los humildes y recibe la ofrenda de quienes confían en Él. Oremos ahora para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor,
acepta estos dones que te ofrecemos con humildad,
y concédenos que, libres del orgullo y de la
autosuficiencia, recibamos de ti todo lo que da la vida.
Que lo que colocamos sobre este altar abra nuestros
corazones para acoger lo que tu misericordia nos concede
continuamente. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú revelas tu sabiduría no a los orgullosos y
autosuficientes,
sino a los humildes y confiados de corazón.
Resistes a los que confían en sus propias fuerzas,
pero te acercas a los que dependen de tu gracia.

En tu Hijo, Jesucristo,
nos has mostrado la plenitud de tu verdad,
no como recompensa a la sabiduría humana,
sino como don recibido en la fe.

Y por eso, con los ángeles y los santos,
te alabamos sin cesar diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir, confiando no en nosotros mismos
sino en su gracia:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, libres del orgullo y de la autosuficiencia,
vivamos como humildes receptores de tu gracia,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que revelas al Padre a los humildes
y das la paz a los que confían en ti,
no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,
y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que se da como alimento a los humildes de corazón.
Dichosos los llamados a recibirlo con confianza y sencillez.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor se nos ha revelado no porque seamos dignos,
sino porque hemos sido invitados a recibir con humildad.
Lo que Él da no puede ser tomado por el orgullo,
sólo puede ser acogido con confianza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que esta sagrada comunión, Señor,
fortalezca en nosotros un corazón humilde,
para que, recibiendo tu gracia con confianza,
vivamos cada vez más plenamente en tu sabiduría.
Y ya que habitas en nosotros, enséñanos cada día
a no depender de nosotros mismos, sino de tu amoroso
don. Por Jesucristo nuestro Señor.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que se revela a los humildes,
los mantenga libres del orgullo de corazón;
que los abra a recibir su sabiduría;
y que los fortalezca para caminar confiando en Él.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz,
y vivan hoy con un corazón humilde, abierto a recibir la
gracia de Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no oculta su sabiduría—
somos nosotros quienes la perdemos cuando dejamos de
recibir con un corazón humilde.

16 de julio de 2026 – Jueves, 15ª Semana del Tiempo

Ordinario - Nuestra Señora del Carmen

Is 26,7-9. 12. 16-19; Mt 11,28-30

«Nuestros corazones inquietos encuentran descanso en Él.»

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un viajero que, después de días de caminar por tierras secas y polvorientas, llegó a una pequeña capilla al borde del camino. Exhausto, entró, no al principio para rezar, sino simplemente para sentarse. En el silencio, notó una sencilla inscripción cerca del altar: «Descansa aquí, porque Dios ya te estaba esperando». Algo cambió en su interior. Lo que pensaba que era solo una parada se convirtió en un encuentro.

En la liturgia de hoy celebramos a Nuestra Señora del Carmen, una mujer que supo descansar en Dios. La tradición carmelita habla de una relación profunda y silenciosa con el Señor: de escuchar, de confiar, de permitir que Dios sea Dios en lo más hondo de la vida. María encarna esto perfectamente: llevó a Dios no solo en

su seno, sino también en su corazón.

Ambas lecturas de hoy nos hablan de una experiencia humana profunda: el peso que llevamos y el lugar donde ese peso puede finalmente descansar. Isaías habla de un alma que anhela a Dios en la noche; el Evangelio nos presenta la tierna invitación de Jesús a los agobiados: «Vengan a mí».

Al reunirnos, podemos reconocer que no venimos con las manos vacías: traemos preocupaciones, cansancio, arrepentimientos y pecados. Presentemos todo esto ante el Señor, confiando en su corazón manso y humilde, mientras pedimos misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú llamas a los cansados y agobiados a ti: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelas el corazón manso y humilde del Padre: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos invitas al verdadero descanso y a la paz: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que ve las cargas que llevamos y conoce cuántas veces nos cuesta soltarlas, y que en su Hijo nos llama no a cargar la vida solos, sino a descansar en su misericordia y amor, nos perdone por nuestra autosuficiencia y nuestra falta de confianza, y nos atraiga suavemente de nuevo a la comunión con Él, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo invitas a los cansados y agobiados a encontrar descanso en su corazón manso, y que nos has dado a la Santísima Virgen María del Carmen como ejemplo de abandono confiado y de paz interior, concédenos aprender a llevar la vida no con una autosuficiencia ansiosa, sino con un abandono confiado a tu amor.

Líbranos del peso que llevamos equivocadamente solos y atraénos cada vez más al descanso silencioso de la comunión contigo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un niño pequeño intentaba una vez cargar por sí solo una pesada bolsa de compras. Su padre lo observaba mientras avanzaba con dificultad por el camino, con los brazos temblorosos. Cuando el padre finalmente le ofreció ayuda, el niño insistió: «Yo puedo». Solo cuando tropezó permitió que su padre cargara el peso con él.

Esa sencilla historia refleja una verdad más profunda de nuestra vida: a menudo insistimos en llevar solos lo que nunca fue pensado para ser llevado en soledad.

Este es el hilo que recorre las lecturas de hoy: «Vengan a mí, y yo les daré descanso».

En la primera lectura encontramos a un Dios que no es distante ni indiferente. Dios dice: «He visto... he visitado... los sacaré». Es un Dios que ve la carga, comparte el sufrimiento de su pueblo y actúa, muchas veces incluso antes de que ellos clamen plenamente.

Y, sin embargo, Isaías también nos recuerda que la angustia puede despertar algo más profundo: «Mi alma te anhela en la noche». La carga puede despojarnos de la autosuficiencia y revelar un hambre más honda: no solo de alivio, sino de Dios mismo.

En esa realidad, Jesús nos habla en el Evangelio: «Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados».

Él no dice: «Vengan a una ley» o «Vengan a un sistema», sino «Vengan a mí». En el corazón de la fe no está primero una norma, sino una relación.

Las personas de su tiempo estaban cargadas no solo por la vida, sino también por exigencias religiosas sin compasión. En esa situación, Jesús revela el corazón de Dios: manso y humilde. Su enseñanza es exigente—sí—pero nunca aplastante, porque se vive con Él, no separados de Él.

Por eso su carga es «ligera»: no porque no tenga peso, sino porque es compartida.

Nuestra Señora del Carmen nos muestra cómo se vive

esto. En ella vemos la oración interior, la confianza silenciosa y la fidelidad incluso sin comprenderlo todo. Llevó el dolor, y sin embargo permaneció cerca de Dios, dejando que Él la sostuviera. Ella nos enseña que el descanso no es huir de la vida, sino permanecer en Dios dentro de ella.

Entonces la pregunta no es si llevamos cargas—todos las llevamos. La pregunta es: ¿dónde las llevamos?

¿Insistimos: «Yo puedo solo»?

¿O escuchamos a Jesús y respondemos: «Sí, Señor, voy a ti»? Porque la promesa permanece:

«Vengan a mí, y yo les daré descanso».

No un descanso superficial, sino el descanso profundo de un corazón anclado en Dios.

Una anciana le dijo una vez a un sacerdote que había intentado su consejo de poner cada noche sus preocupaciones en manos de Dios. «Pero por la mañana», dijo, «descubro que las he vuelto a tomar». El sacerdote respondió: «Entonces esta noche, ponlas en sus manos... y déjalas allí».

Esa es la invitación de Jesús hoy.

Ese es el camino que recorrió María.

Y esa es la gracia que se nos ofrece: venir, confiar y descansar en Él.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar ante el Señor estos dones de pan y vino, presentamos también las cargas ocultas de nuestro corazón, confiando en que Aquel que nos llama a sí transformará lo que ponemos ante Él. Oremos ahora para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas que te presentamos con humilde confianza, y concédenos que, liberados del peso de la autosuficiencia, encontremos en este sacrificio el descanso que prometes a tus fieles.

Que estos dones nos unan cada vez más profundamente a Cristo, que carga con nuestras pesas y nos da la paz.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque tú no te revelas como lejano a nuestras luchas, sino como el Dios que se acerca a los cansados y agobiados, llamándolos al descanso de tu presencia. En tu Hijo nos has mostrado un corazón manso y humilde, que lleva con nosotros lo que no podemos llevar solos.

En María, la Virgen del Carmen, has dado a la Iglesia un signo de confianza contemplativa, donde el silencio se convierte en entrega y la entrega en paz. Su vida nos recuerda que la verdadera grandeza no está en cargar todo solos, sino en descansar todo en ti.

Por Cristo, los coros de los ángeles alaban tu gloria, y en esta fiesta de María nos unimos a ellos cantando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Señor que invita a los cansados a su descanso y nos enseña a depender no de nosotros mismos, sino de su amor providente, nos atrevemos a decir con confianza como Él nos enseñó: Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y concédenos la paz en nuestros días,

para que, sostenidos por el yugo suave de tu Hijo y liberados de las cargas que no necesitamos llevar solos, vivamos en abandono confiado, sin temor ni ansiedad, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que llamas a los cansados hacia ti y das descanso a los que confían en ti, no mires nuestras inquietudes, sino la fe que busca descansar en tu presencia, y concede bondadosamente a tu Iglesia la paz que brota de corazones anclados solo en ti.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el que no añade cargas a nuestra vida, sino que las toma sobre sí; el Cordero de Dios que invita a los cansados a descansar en su corazón.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido al Señor que dice «Vengan a mí», ya no llevamos nuestras cargas solos.

En esta comunión, Cristo no elimina el peso de la vida, sino que entra en él con nosotros, transformando la pesadez en amor compartido y el esfuerzo inquieto en confianza serena.

Como María del Carmen, estamos llamados a permanecer con Él, en silencio, con fidelidad y sin temor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con este santo sacramento, Señor, te pedimos que, fortalecidos por la presencia de Cristo en nosotros, aprendamos a dejar toda carga innecesaria y a caminar en la libertad de quienes confían plenamente

en ti. Que el ejemplo y la intercesión de la Santísima Virgen María del Carmen nos mantengan fieles en la oración interior y firmes en la paz. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que llama a los cansados hacia sí, los libere de las cargas que no pueden llevar solos.

Que Aquel que es manso y humilde de corazón les enseñe a descansar en su amor.

Y que la Santísima Virgen María del Carmen los conduzca cada vez más profundamente a la paz del abandono confiado.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en la paz de Cristo,
ya no como quienes cargan la vida en soledad,
sino descansando en Aquel que camina con ustedes.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La carga que Cristo nos pide llevar no es más pesada que la vida misma—sino más ligera, porque es compartida.
Hoy, no vuelvas a tomar lo que ya has confiado a Él.

17 de julio de 2026 – Viernes, 15ª Semana del Tiempo Ordinario - San Alejo

Is 38,1-6. 21-22. 7-8 ; Mt 12,1-8

Hilo conductor: «Dios quiere misericordia y no sacrificio».

INTRODUCTION

Un joven arquitecto pasó años diseñando una hermosa capilla. Cada línea era precisa, cada piedra cuidadosamente elegida. Cuando finalmente se inauguró, la gente admiraba su belleza—pero una anciana comentó en voz baja: «Es preciosa... pero espero que la gente rece aquí». El edificio era perfecto, pero su finalidad dependía de algo más que la estructura; dependía del corazón.

Hoy, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre esa tensión entre lo exterior y lo interior, entre lo que se construye y lo que se vive. Incluso las realidades más sagradas pueden perder su sentido si el corazón no está comprometido.

Esto es algo que los santos comprendieron profundamente. Hoy recordamos a San Alejo, quien eligió dejar atrás el confort, el prestigio e incluso el reconocimiento, para vivir una vida escondida de humildad

y confianza en Dios. Para él, la presencia de Dios no estaba ligada al honor o al lugar, sino a un corazón entregado.

En el Evangelio, Jesús hace una afirmación sorprendente: «Aquí hay algo más grande que el Templo». Para sus oyentes, esto habría sido casi impensable. El Templo era el centro de la presencia de Dios. Sin embargo, Jesús revela que la presencia de Dios no está confinada a un lugar: está viva en una persona, y se expresa con mayor claridad en la misericordia.

Al reunirnos aquí, podemos preguntarnos con sinceridad: ¿hemos aferrado a veces a formas, normas o costumbres, olvidando el corazón de la misericordia? ¿Hemos, como los fariseos, juzgado en lugar de comprender?

Reconozcamos ahora nuestros pecados y pidamos al Señor que forme en nosotros un corazón más misericordioso.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres más grande que el Templo y revelas la misericordia del Padre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos enseñas que la misericordia vale más que el sacrificio: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú sanas los corazones endurecidos por el juicio y el legalismo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que ve más allá de nuestras acciones externas hasta la verdad de nuestro corazón, y que en su Hijo revela la misericordia como plenitud de la ley, nos perdone cada vez que hemos juzgado sin amor y observado sin compasión, y nos conduzca de nuevo a la libertad de su misericordia y de su paz, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo has revelado que la misericordia vale más que el sacrificio y que el verdadero culto se

encuentra en un corazón que ama antes de juzgar, concédenos ser liberados de toda dureza de corazón y renovados en la sencillez de tu Evangelio.

Por el ejemplo de San Alejo, que te buscó en la humildad y en el ocultamiento, enséñanos a preferir la compasión a la condena y el amor a la mera observancia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre contaba que, siendo niño, fue reprendido por tomar pan de la cocina antes de la cena. Cuando su padre se enteró, estaba dispuesto a castigarlo. Pero su madre dijo en voz baja: «No había comido en todo el día». El padre se detuvo, miró de nuevo, y en lugar de castigo, le dio comida. La norma había sido quebrantada—pero la misericordia vio lo que la norma no podía ver.

Esa sencilla historia recoge el corazón del Evangelio de

hoy: «Dios quiere misericordia y no sacrificio». Los discípulos tienen hambre y arrancan espigas en sábado. Los fariseos ven solamente una violación de la ley. Jesús ve algo más profundo: la necesidad humana. La ley no es negada, sino llevada a su plenitud en la compasión. Luego Jesús dice algo impactante: «Aquí hay algo más grande que el Templo». Para sus oyentes, el Templo era el lugar mismo de la presencia de Dios. Sin embargo, Jesús revela que Dios no está confinado a espacios sagrados ni a la observancia externa. En Él, la presencia de Dios es personal, viva—y marcada sobre todo por la misericordia.

Los fariseos no carecían de fe; eran serios en cuanto a la ley. Pero habían perdido poco a poco de vista su finalidad. Cuando la ley se separa del amor, se vuelve pesada, incluso dura. Y así ya no podían ver el hambre, sino solamente la transgresión. Ese peligro sigue siendo real para nosotros: podemos concentrarnos más en lo correcto que en la compasión.

Jesús reorienta todo. La ley no es abolida, sino cumplida

en el amor. Lo que Dios busca no es un sacrificio vacío, sino corazones que reflejen su misericordia. Su pregunta siempre se dirige a la persona que está delante de nosotros, no solo a la norma en abstracto.

San Alejo ofrece un contraste silencioso pero poderoso. Eligió una vida escondida de humildad y entrega, dejando atrás el honor y el reconocimiento. Su santidad no estaba en la visibilidad exterior, sino en un corazón totalmente vuelto hacia Dios. En ese ocultamiento, da testimonio de que lo más importante no es la apariencia externa, sino la fidelidad interior modelada por el amor.

Así, la pregunta se vuelve muy directa: cuando nos encontramos con los demás, ¿qué vemos primero—su falta o su necesidad? ¿Reaccionamos rápidamente con juicio, o nos detenemos el tiempo suficiente para comprender?

Una enfermera se quedó una vez con un paciente moribundo más allá de su turno, aunque era libre de irse. Más tarde dijo: «Rompí el horario, pero creo que guardé el Evangelio». Esa es la elección que Jesús pone ante

nosotros: no entre ley y caos, sino entre juicio y misericordia cumplida en el amor.

Y así volvemos a la palabra que guía el Evangelio de hoy: Dios quiere misericordia y no sacrificio.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones en el altar, presentamos también nuestros corazones, pidiendo al Señor que los purifique de todo juicio y los llene de misericordia. Oremos ahora para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, estos dones que te presentamos con humildad y confianza,
y transfórmalos en el sacramento de tu misericordia,
para que quienes celebramos este santo misterio
lleguemos a ser aquello que recibimos: un pueblo formado
no por el juicio rígido, sino por el amor compasivo. Por
Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo has revelado que la plenitud de tu ley es la misericordia, y que el verdadero culto no se encuentra solamente en el sacrificio o en la observancia externa, sino en corazones configurados a tu amor. En Él, el hambre de los discípulos se convierte en signo de la compasión divina, y las acusaciones de los orgullosos son respondidas por la mansedumbre de la verdad.

También nos has dado en San Alejo un testimonio de santidad escondida, cuya vida enseña que lo que más te agrada no es el reconocimiento exterior, sino la entrega interior. Por eso, con todos los ángeles y los santos, te alabamos sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiados en el Dios cuyo nombre es misericordia y cuya voluntad es amor, nos atrevemos a decir, como el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, libres de todo juicio severo y guiados por tu
misericordia, vivamos en la libertad de los hijos de Dios,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que dijiste a tus apóstoles que la misericordia vale más
que el sacrificio, no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Tú
que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que no juzga como nosotros juzgamos, sino que alimenta
al hambriento, sana al pecador y se entrega como
misericordia hecha carne.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta santa Comunión, recibimos a Aquel que puso la
misericordia por encima del sacrificio y la compasión por
encima del juicio.

Unidos a Él, somos llamados a ver a los demás como Él
los ve: no como problemas que juzgar, sino como
personas a quienes amar.

Lo que hemos recibido, ahora somos enviados a vivirlo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el sacramento de tu Hijo, Señor,
te pedimos que seamos transformados en testigos vivos
de tu misericordia,
rechazando toda dureza de corazón y abrazando la
compasión de Cristo en nuestra vida diaria.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que es más grande que el Templo,
los libre de todo espíritu de juicio.
Que Aquel que quiere misericordia y no sacrificio
forme en ustedes un corazón que ame antes de condenar.

Y que San Alejo, que buscó a Dios en la humildad y en el ocultamiento, los guíe por el camino silencioso del amor fiel.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz y vivir lo que han recibido:
no el juicio, sino la misericordia;
no el sacrificio solo, sino el amor llevado a plenitud.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no se encuentra primero en lo estrictamente correcto, sino en lo profundamente misericordioso.

18 de julio de 2026 – Sábado, 15ª Semana del Tiempo Ordinario- San Camilo de Lelis

Miqueas 2,1-5; Mateo 12,14-21

„No para quebrar, sino para restaurar”

INTRODUCCIÓN

Una maestra notó una vez que un niño en su clase siempre entregaba sus trabajos arrugados. Un día, en lugar de corregirlo con dureza, alisó suavemente su hoja, lo miró a los ojos y le dijo: “Aquí hay algo hermoso— vamos a ayudarlo a brillar”. Años después, ese niño diría que fue la primera vez que se sintió visto, no juzgado.

Vivimos en un mundo donde a menudo es más fácil señalar lo que está mal que sacar con paciencia lo que es bueno. La fuerza se confunde con el ruido, y la autoridad con la dureza. Sin embargo, el poder silencioso que sana, restaura y anima es mucho más transformador que el poder que aplasta.

Hoy, al recordar a San Camilo de Lelis, un hombre que cuidó con ternura a los enfermos y abandonados, se nos recuerda que la verdadera santidad se expresa en la

compasión. Él vio a Cristo en los que sufrían y los sirvió con delicadeza y dignidad, convirtiéndose en un reflejo vivo de la misericordia de Dios.

Y, sin embargo, si somos sinceros, hay momentos en que no hemos sido gentiles, en que hemos herido en lugar de sanar, desanimado en lugar de levantar. Al prepararnos para celebrar estos sagrados misterios, presentamos al Señor nuestros momentos de dureza de corazón y pedimos su misericordia y sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, manso y humilde de corazón, tú vienes no a quebrar sino a restaurar: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú sanas a los heridos y levantas a los débiles con compasión: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a ser instrumentos de tu amor restaurador: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que restaura lo que está roto y fortalece lo que es débil, y que en su Hijo revela una misericordia más fuerte que el juicio,

nos perdone cada vez que hemos herido en lugar de sanar, desanimado en lugar de alentar, y nos lleve a la plenitud de su paz y de su vida.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios de misericordia y compasión, que en tu Hijo has mostrado que la verdadera fuerza es suave y que el poder divino restaura en lugar de destruir, concédenos que lleguemos a ser reflejos vivos de su Espíritu.

Sana en nosotros toda dureza de corazón y haznos instrumentos de ánimo y sanación para los demás, especialmente allí donde la vida es frágil y la esperanza es débil.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre encontró una vez un pequeño pájaro con un ala herida. Al principio pensó que tal vez sería mejor dejarlo. Pero algo lo movió a llevarlo a su casa. Día tras día, lo cuidó con ternura—lo alimentaba, lo protegía, le daba espacio para sanar. Poco a poco, el pájaro recuperó fuerzas, hasta que un día volvió a volar. Más tarde, el hombre dijo: “No fue la fuerza lo que lo salvó—fue la ternura”.

“No para quebrar, sino para restaurar”—este es el hilo que recorre las lecturas de hoy.

En la primera lectura de Miqueas, escuchamos acerca de aquellos que “traman el mal”, que usan el poder para aplastar y destruir. En el Evangelio, los fariseos comienzan a tramar contra Jesús. Frente a la bondad, su respuesta es la hostilidad. Ellos representan un poder que destruye.

En marcado contraste, se nos muestra quién es verdaderamente Jesús. Mateo aplica a Él las palabras de Isaías: “No quebrará la caña cascada ni apagará la mecha que aún humea”. Jesús no viene a aplastar lo frágil ni a

extinguir lo débil. Su poder no es para dominar, sino para restaurar.

Todos sabemos lo que es ser una caña cascada o una mecha que aún humea—momentos en que nos sentimos frágiles, desgastados, apenas sosteniéndonos. En esos momentos, no necesitamos dureza, sino la fuerza suave de Cristo, que sana en lugar de condenar, y reaviva en lugar de apagar.

Pero el Evangelio también nos llama a ir más lejos. El mismo Espíritu dado a Cristo nos es dado a nosotros. Estamos llamados a encarnar su modo de restauración suave en un mundo pronto a herir y a juzgar.

San Camilo de Lellis vivió esto. Se acercó a los enfermos y rechazados con ternura, viendo en ellos no una carga, sino a Cristo mismo. Su vida muestra que la santidad se encuentra en actos silenciosos que restauran la dignidad y la esperanza.

Así pues, podemos preguntarnos: en mis palabras y acciones, ¿quiebro o restauro? ¿Apago o animo?

Permítanme terminar con otra historia.

Una vela parpadeaba en una habitación oscura, casi apagándose. Un niño entró, puso sus manos alrededor de ella y la protegió del viento. Poco a poco, la llama volvió a mantenerse firme. Cuando le preguntaron por qué se molestó, el niño simplemente dijo: “Solo necesitaba un poco de ayuda para seguir brillando”.

Eso es lo que Jesús hace por nosotros. Y eso es lo que nos pide que hagamos unos por otros—no quebrar, sino restaurar, hasta que cada luz vacilante vuelva a brillar con fuerza.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al presentar estos dones en el altar, presentamos también nuestras vidas—a menudo frágiles, a menudo necesitadas de sanación. Que sean aceptables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas que te presentamos con corazón humilde, y transfórmalas con tu gracia, para que nosotros, que a menudo somos frágiles y necesitamos tu toque sanador, lleguemos a ser signos de

tu compasión e instrumentos de tu paz restauradora. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo Jesucristo has revelado un poder que no destruye sino que restaura, que no aplasta al débil sino que lo levanta. En Él, la caña cascada no se quiebra, y la mecha que aún humea no se apaga, sino que es fortalecida y reavivada en el amor.

Por su vida y su enseñanza, nos muestras que la verdadera grandeza no se encuentra en dominar, sino en el servicio humilde; no en quebrar a los demás, sino en devolverles la dignidad y la esperanza.

Y por eso, con todos los ángeles y los santos, y con San Camilo de Lelis, que sirvió a los que sufrían con amor tierno, proclamamos tu gloria:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Dios que restaura lo que está roto y fortalece lo débil, oremos con confianza como el mismo Jesús nos enseñó: Padre nuestro...

EMBOLO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días,
para que, fortalecidos por tu mano suave y libres de todo espíritu de dureza,
vivamos como instrumentos de tu amor sanador,
mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que eres el restaurador suave de los corazones heridos, no tengas en cuenta nuestras faltas de amor tierno, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele bondadosamente la paz y la unidad de tu Reino.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que no quiebra la caña cascada ni apaga la llama vacilante, sino que viene a sanar, fortalecer y restaurar a todos los que confían en Él.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido a Cristo, ya no somos solamente los que necesitan sanación, sino también aquellos enviados a sanar.

Su presencia suave en nosotros nos llama a ver a los demás no solo en su debilidad, sino en su potencial de renovación.

Lo que hemos recibido, ahora estamos llamados a compartirlo: un amor que restaura en lugar de quebrar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, Señor, te pedimos que seamos transformados en fieles instrumentos de su amor sanador,
llevando ánimo donde hay desaliento y esperanza donde hay fragilidad.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor que no quiebra la caña cascada
sane lo que es frágil dentro de ustedes.

Que Aquel que no apaga la mecha que aún humea
reavive en ustedes la esperanza y el valor.

Y que San Camilo de Lelis, servidor de los que sufren,
los inspire siempre a restaurar y no a quebrar.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes. Amén.

DESPEDIDA

Vayan y vivan como Cristo ha vivido entre nosotros:
no para quebrar, sino para restaurar;
no para juzgar, sino para sanar.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

En un mundo frágil, Cristo te llama no a aplastar lo débil,
sino a ayudarlo a brillar de nuevo.